

# Cristóforo Quijote

**Will Carr**  
**-Gonzalo Rojas Literature Award Winner**

Es posible que yo sea el primer estudiante universitario que ha leído los cuatro viajes de Cristóbal Colón concurrentemente con *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Posible, pero no muy probable. Sin embargo, no podemos ser muchos los que lo hemos hecho, pues las semejanzas entre el Almirante de la Mar Océana y el Caballero de la Triste Figura son tantas y tan obvias que, si fuéramos muchos, creo que existiría más literatura e incluso clases dedicadas a la conexión entre el loco cuasi-histórico y la figura histórica cuasi-loco. Esa conexión es el enfoque de este trabajo. Pienso resumir las obras que han compartido ese enfoque; explorar la importancia de la literatura para los dos visionarios; y demostrar que esa semejanza ilumina el carácter medieval de Cristóbal Colón.

No soy yo el primero en señalar el quijotismo de Cristóbal Colón. En 1929 el escritor judío y alemán Jakob Wassermann logró publicar *Christoph Columbus: der Don Quichote des Ozeans*, una biografía algo especulativa del Almirante en la que el autor enfatiza algunos aspectos quijotescos de aquél. Desde la publicación de este libro, ha surgido por aquí y por acá la conexión entre Colón y don Quijote. Dos obras ficticias yuxtaponen estas figuras polémicas: Alejo Carpentier hace varias alusiones al ingenioso hidalgo en su novela colombina *El arpa y la sombra*, publicada en 1979; y Augusto Roa Bastos publica en 1992 una historia fingida (y no muy favorable) de Colón, *Vigilia del almirante*, que lo compara con el caballero manchego. Don Quixote se asoma también en otros trabajos de historicismo: por ejemplo, el periodista Kirkpatrick Sale publicó en 1990 su análisis de la historia de Colón, *The Conquest of Paradise: Christopher Columbus and the Columbian Legacy*, en el que compara el Almirante con don Quijote dos veces.

De esa lista, el libro de Wassermann y el de Roa Bastos son las obras que más estrecha y explícitamente ligan el caballero ficticio y el marinero increíble; y a la novela de Roa Bastos han seguido algunos artículos que profundizan la comparación quijotesca-colombina, entre ellos un análisis más literario de esta relación por un profesor de UC Santa Cruz, Jorge Aladro Font: "Don Quijote y Cristóbal Colón: O, la sinrazón de la realidad". En este artículo, Aladro compara la falta de antecedentes de los dos héroes; su carácter melancólico-colérico; la importancia para ambos en el cambio del nombre; la dedicación a su ideal, parecida a una locura; y la fe equivocada en la lectura, que los hace ver "sirenas, cíclopes, hombres con rabo y hocico, gigantes en lugar de molinos, castillos donde hay ventas, la bacía de un barbero transformada en el yelmo de Mambrino" (42).

Las semejanzas son tantas que algunos escritores sugieren que la figura de Colón pudo haber inspirado el personaje don Quijote de la Mancha. Kirkpatrick Sale es de es parecer.

Not more than a mile away from the house in which the Admiral of the Ocean Sea departed on the final tide lies the house of a Spanish novelist who, almost a century later, may have called upon the Admiral's ghost to inhabit the immortal character of the man who lived only to wander the world, ever restless, ever rootless, ever deceived, brave and chivalric and absurd, indomitable and credulous and not entirely sane, the great knight known to the world as El Caballero de la Triste Figura. And though no authentic portrait of Colón exists—none was done before the 1550s, as near as we can tell—are unified in showing a man of great somberness and sadness, a Knight of the Sorrowful Countenance indeed. (214)

Aquí la casualidad de Valladolid y la semejanza de las apariencias le permitan a Sale a conjeturar algo más que casualidad en las conexiones entre una figura histórica y un personaje ficticio. La similitud le sugiere a Aladro la misma conexión. Recopila las descripciones del caballero y cita la que da Las Casas del Almirante, y dice que "[a]unque existen algunas diferencias entre los dos retratos, las similitudes no dejan de ser asombrosas: ambos son altos, fuertes, pelo canoso, nariz aguileña, elocuentes, amenos a la conversación, sufridores, voluntariosos y comparten una gran fe en su destino" (45). A pesar de las similitudes, Aladro no ve en ellas la musa cervantina; pero Jakob Wassermann sí.

What gives the figure of Columbus its Don-Quixotic outline is [. . .] the orientation and constitution of his inner self—with all its shifts and pleadings, its prejudices, self-defenses, stipulations, and extravagances. So much so, that I cannot rid myself of the impression that Cervantes must have been influenced in his conception of his immortal knight by this actual prototype. It is not to be believed that so distinguished a genius created his world-famous figure in what may be described as a private literary caprice. (58)

De esta manera, Wassermann crea sin querer otra semejanza, ahora entre Cervantes y Colón: tal como a Colón no lo cree capaz de haber llegado al Nuevo Mundo sin guía o trampa, a Cervantes no lo cree capaz de crear el personaje del Caballero de la Triste Figura sin usar a Colón como guía. O sea que Cervantes, según algunos, tuvo que haber tenido su propio piloto desconocido al trazar la trayectoria de don Quijote.

Pero la verdad es que el *Quijote* es tan extenso y un reflejo tan comprensivo del ser humano, que tal como el único libro que le gana como bestseller histórico (y no me refiero a *Harry Potter* sino a la Biblia), se puede aplicar a cualquier individuo o figura histórica con aparente acierto; así que no nos debe sorprender el

que Colón haya sido algo parecido a don Quijote (o viceversa). En todo ser humano existe el soñador idealista y tal vez porfiado. Todos buscamos pretext cuando fracasamos – tal como el caballero manchego le echa la culpa de su primera derrota a Rocinante, y Colón le echa la culpa del naufragio de la Santa María a Juan de la Cosa y la del fracaso de la Isabela a los colonos haraganes, etcétera. Todos tenemos cierta tendencia de creer la palabra escrita cuando concuerda con nuestras creencias y hacer de esa escritura el lente por el que examinamos la realidad, ya sea la realidad de la situación política de nuestro país, o la de unos soldados que balan como ovejas, o la de unas sirenas bien feas.<sup>1</sup>

Entonces, si el propósito de este trabajo no es ser el primero en declarar que el Almirante fue un loco quijotesco, ni tampoco lo es poner al mundo de cabeza con evidencias de que Cervantes nada más le haya puesto otro nombre al Almirante y lo haya trasladado a la Mancha, ¿para qué pasar tanta palabrería? Dejaré que Wassermann conteste esa pregunta. “The association of [Columbus with Don Quixote] is not capricious nor does it spring from a literary whim. I have for a long time struggled against it. But the comparison was enlightening from every point of view. Before I grasped it I could not see the image of the man. [. . .] *To see the prototype of Don Quixote in Columbus is to see the man himself*” (59-60, énfasis mío).

En el Caballero de la Triste Figura tenemos un reflejo fiel de Cristóbal Colón. Del sinfín de comentarios, trabajos y análisis que se han hecho sobre el *Quijote*, podemos hallar respuestas a las preguntas imposibles sobre la historia de Colón; aquéllos también nos pueden señalar a nuevas preguntas, nuevas trayectorias en las investigaciones colombinas. Comencemos con la fe quijotesca que Colón tiene en sus libros y mapas.

Como resume Aladro-Font, “Don Quijote y Cristóbal Colón comparten la misma demencia, la demencia de la lectura. Tanto el hidalgo como el navegante no ven la realidad, la leen. Miran la vida con los ojos de la literatura y tratarán de vivir o ver según los modelos literarios; el hidalgo y el navegante leen el mundo para demostrar la verdad de los libros” (45). En esa última oración, Aladro-Font parafrasea a Foucault: “Don Quixote reads the world in order to prove his books. [. . .] His whole journey is a quest for similitudes: the slightest analogies are pressed into service [. . .]. Flocks, serving girls, and inns become once more the language of books to the imperceptible degree to which they resemble castles, ladies, and armies [. . .]” (Foucault 47). Lo mismo se podría decir de manatíes, caribes y Cubas que se convierten en sirenas, antropófagos y Cipangos. Colón busca similitudes en las tierras que encuentra con el mismo afán de los marineros que buscan en las aves y las yerbas flotantes indicios de la tierra a la que desesperadamente quieren

---

<sup>1</sup> O la realidad de un libro sobre Colón, leído a través del filtro de la tesis de una investigación.

llegar. ¿Y por qué es que Colón necesita ver pruebas de sus libros en el mundo real? Porque ha basado su empresa en lo que ha leído en los libros de Marco Polo, de Plinio, de d'Ailly (Sale 15), y de otros—un conjunto de exploradores, mercaderes, filósofos y teólogos. Si las palabras de éstos no son verdaderos, Colón es nada más un mentecato que ha salido a buscar las riquezas de Catay y ha encontrado la pobreza de unas islas. Por eso *quiere* ver las maravillas que se describen en sus libros fantásticos; y como quiere ver maravillas, las ve. Tanto Colón como don Quijote entienden la importancia de la palabra escrita a tal grado que se preocupan por las crónicas que describen sus hazañas. Desde los primeros momentos de su primera salida, Don Quijote menciona “la verdadera historia de [sus] famosos hechos” y “el sabio que los escribiere” (I:2, 25). Y desde los primeros días de su primer viaje, Colón habla de su intención de “escribir todo este viaje muy puntualmente, de día en día todo lo que yo hiziese y viese passasse [. . .]” (42). Cada uno reconoce que las palabras que describen los hechos son tan importantes como los hechos mismos. Don Quijote demuestra esa fe en el poder justificador de la palabra escrita cuando pide a don Álvaro Tarfe, un personaje de la segunda parte falsa del *Quijote*, que conste en deposición escrita que el don Quijote que había conocido era impostor y que el que tiene delante es el verdadero don Quijote; “la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras” (II:72, 904-05). En un momento muy parecido, Colón demuestra una creencia en la necesidad de la palabra donde “los hechos” deberían bastar: en el segundo viaje, habiendo llegado casi al extremo occidental de la isla que él cree que es tierra firme y provincia de Catay, el Almirante exige que todos los pilotos tomen juramento y consten con su firma que esa isla, Cuba, es tierra firme. Respecto a esa deposición—denominado el juramento “Cuba-no-island”—Kirkpatrick Sale hace la siguiente pregunta:

was this perhaps an outright *self*-delusion, born in a mind unsteadied by a recent illness—even [Columbus apologist] Morison admits he was “mentally disturbed because he had found no certain evidence of being in the Orient”—and needing the ratification of the crew in order to become convincing, a sort of outward confirmation of inward dreams much as that other don, from La Mancha, might have sought? (148, original emphasis)

Tal como el hidalgo Alonso Quijano cree establecer con la palabra escrita que él es lo que no es, Colón intenta establecer con la palabra escrita que una isla es tierra firme y parte del Fin del Oriente, lo que indican los libros en los cuales tiene una fe implícita.

Los libros y mapas de la época de Colón no eran reflejos fidedignos de la geografía. Margarita Zamora explica que los mapamundis y libros de viajes del mundo medieval mezclaban lugares míticos con lugares físicos (135-36). Específicamente, "Paradise and Jerusalem (and often Rome as well) were situated on the same ideological meridian in medieval *mappaemundi*. The twelfth-century accounts of the pilgrimages made by Saint Brendan and Owein, for example, involve visits to Hell and the Terrestrial Paradise that are articulated as actual voyages through a specific Atlantic geography" (135).

Esta combinación de sitios verdaderos y lugares fantásticos tiene análoga en las historias fantásticas y las verdaderas que se mezclan en la cultura hispánica del siglo XVII y en la mente de don Quijote. Bruce Wardropper explica que los historiadores medievales, sin querer, sazonaron sus historias con ficciones, y los del siglo XV lo hicieron de muy buena gana. "Pedro de Corral, in the *Crónica sarracina*, which he wrote about 1430, was so inventive that his contemporary Fernán Pérez de Guzmán said that rather than a chronicle 'más propiamente se puede llamar trufa o mentira paladina'. [. . .] The important fact is that it pretended to be history and was accepted as such by later historians" (7). En la primera parte del *Quijote*, el cura y el ventero discuten los méritos de varios héroes; el cura aboga por los "verdaderos" como el Gran Capitán y Diego García de Paredes, afirmando que este último tenía "tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia"; pero el ventero no ve nada de especial en eso, puesto que Felixmarte de Hircania "de un revés partió cinco gigantes por la cintura" y derrotó a un ejército de más de un millón y seiscientos mil soldados (I:32, 265-66). Y don Quijote mismo, al dialogar con el canónigo de Toledo, cita como prueba de la historicidad de los caballeros andantes la clavija del caballo de madera en el que voló Pierres, que se guardaba en la armería real junto a la silla de Babieca (I:49, 409). Con estos ejemplos vemos el problema que satiriza Cervantes, de una cultura que no sabe distinguir entre lo verdadero y lo falso para valorar aquél sobre éste.<sup>2</sup> Con una mezcla de verdad y ficción, no nos debemos sorprender de que Colón hubiera esperado encontrar maravillas increíbles en el Fin de Oriente.

Y cuando la verdad de su experiencia no encaja con los libros que lo guían—cuando no encuentra lo que esperaba encontrar—el marinero tal como el caballero busca la manera de reivindicar la sagrada palabra escrita. Éste es el momento quijotesco, cuando el héroe insiste en la veracidad del texto frente a la vida. Wassermann señala un momento de crisis en la llegada de la impresionante flota de Colón a los escombros desiertos de la Navidad. Habiendo elogiado a los

---

<sup>2</sup> El que España no sabe apreciar a sus héroes verdaderos sería un tema importante para Cervantes, un héroe de la batalla de Lepanto. En eso Cervantes, Colón, y Cabeza de Vaca tienen cierta hermandad, que los tres son héroes que se describieron en algún momento de sus vidas como "pobre en Valladolid".

taínos como los habitantes inocentes de un Edén, “[Colón] must have been bitterly disappointed when it became obvious beyond question that these much-belauded creatures lay under the charge of a manifold and malignant murder” (135). Djelal Kadir, un profesor de Purdue University que escribió de *El libro de las profecías*, explica lo siguiente respecto a la reacción de Colón frente a una realidad inconveniente: “Vencido por los hechos, Colón recurre a los textos, a la legitimidad inapelable del logos máximo” (334). En el caso de *El libro de las profecías*, Colón filtra los textos (para él) sagrados para crear “un acto discursivo e ideológico de autojustificación” (330). Pero existe un paralelo más estrecho al *Quijote*, en el que el ingenioso caballero acude al precedente de los sabios encantadores cuando la vida no se asemeja a la palabra escrita.

[N]on-similitude itself has its model [. . .]: it is to be found in the transformations performed by magicians. So [. . .] all the signs that prove that the written texts are not telling the truth, resemble the action of sorcery [. . .]. And since this magic has been foreseen and described in the books, the illusory difference that it introduces can never be anything but an enchanted similitude, and, therefore, yet another sign that the signs in the books really do resemble the truth. (47)

De esta manera don Quijote puede seguir fiel a sus escrituras. Alejo Carpentier demuestra que Colón también sabe ejecutar esta maniobra. Hablando de su cambio de percepción de los taínos, el Colón ficticio dice que “ante esos desconfiados y atrevidos que, de cuando en cuando, nos disparan flechas [. . .], dejo de verlos como los seres inocentes, bondadosos, inermes, tan incapaces de malicia como de tener la desnudez por indecorosa [. . .]. Ahora les voy dando, cada vez más a menudo, el nombre de *caníbales*” (162). Y como la literatura de viaje de la edad media hablaba de antropófagos en tierras desconocidas (Sale 15), Colón ya tenía sus encantadores, sus antagonistas que le permitían mantener su creencia en la verosimilitud de la palabra escrita.

Este fanatismo de la escritura, según Foucault, es reflejo del renacimiento. El Caballero de la Triste Figura es el campeón de la similitud (46), la idea renacentista del carácter platónico de las palabras, que tienen una conexión concreta con la realidad (esa relación entre el mundo que vemos y la esfera de lo ideal). ¿Es decir, entonces, que Colón sí fue renacentista? Bueno, hay un problema con eso, y tiene que ver con el desarrollo de España—o la falta de ello—en el siglo XV. En su artículo sobre el nacimiento de la novela moderna, Walter Reed explica que “the literary classicism of the Italian Renaissance was more ‘belated’ and less deeply rooted in Spain than in any of the other countries of Western Europe. As Otis Green puts it, ‘The medieval background is, in many respects, the background also of the Golden Age [of Spanish literature], to its very end’”. Reed sigue, citando E. R. Curtius: “The Spanish literary system preserves the crossing of styles, genres,

and traditions which we have found to be a distinguishing characteristic of the Latin Middle Ages. [. . .] Spain preserved [her middle ages] and incorporated it into the national tradition" (32). Quiere decir que esta mezcla que vemos de tradiciones y géneros, de la ciencia y la superstición,<sup>3</sup> la historia y la ficción, es medieval. Y la idea del poder de la palabra, su validez inviolable, viene también de la edad media, cuando toda escritura era costosa, escasa, y por lo tanto, poderosa. El lector dirá que sus textos medievales son indicio obvio de la mentalidad medieval de Colón; yo digo que no es tanto sus textos sino su reacción quijotesca a la realidad opuesta a los textos que define a Colón como hombre medieval.

Una nota final: el resultado de la fidelidad a las escrituras. Don Quijote demuestra y explica varias veces que su religión es la caballería andante, que para él es la expresión más pura de la cristiandad. Y es precisamente su profesión de la caballería andante, impulsado por sus libros, que lo hace loco en los ojos de sus compatriotas, porque su religión no es la religión aceptada—o sea que su locura no es la versión aceptable (el catolicismo). Lo mismo vemos en Colón; su locura consiste en sus creencias únicas, en una aplicación a la vez personal y grandiosa de libros que todo el mundo tenía por autoridades. Lo interesante es que don Quijote a través de los siglos ha llegado a ser la figura tal vez más romántica de la cultura occidental; pero a Cristóbal Colón, igual de quijotesco y un verdadero "action hero", lo hemos convertido de héroe romántico en loco expiatorio.

---

<sup>3</sup> Que otros llamamos la religión.

## Obras citadas

- Aladro Font, Jorge. "Don Quijote y Cristóbal Colón: O, La sinrazón de la realidad." *Lienzo* 15.1994 (1994): 37-54. Print.
- Cervantes Saavedra, Miguel De. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Asheville, NC: Pegasus Press, 1998. Print.
- Columbus, Christopher. *Los cuatro viajes Testamento*. 1st ed. Madrid: Alianza, 2000. Print.
- Foucault, Michel. *The Order of Things: An Archaeology of the Human Sciences*. Vintage, 1994. Print.
- Reed, Walter L. *An Exemplary History of the Novel: The Quixotic Versus the Picaresque*. Chicago: University of Chicago Press, 1981. Print.
- Sale, Kirkpatrick. *The Conquest of Paradise : Christopher Columbus and the Columbian Legacy*. New York: Knopf, 1990. Print.
- Wardropper, Bruce W. "Don Quixote: Story or History?" *Modern Philology* 63 (1965): 1-11. Print.
- Wassermann, Jakob. *Columbus : Don Quixote of the Seas*. Boston: Little, Brown, and Company, 1930. Print.
- Zamora, Margarita. *Reading Columbus*. Berkeley: University of California Press, 1993. Print.